

UN POQUITO MAS

Por *ELAINE SWANSON*

CUANDO Glenda llegó a la casa, vio a la madre acostada en el sofá. Esta tenía aspecto de cansada y su cara estaba enrojecida.

—¿Qué pasa, mamita? —le preguntó Glenda alisándole el vestido—. ¿No te sientes bien?

La mamá suspiró.

—No, no me siento bien; debo estar por resfriarme. Pero no te aflijas. Pronto estaré bien.

La mamá cerró los ojos.

—Papá va a volver pronto del trabajo. Por favor, recoge tus juguetes y guárdalos antes de que llegue.

—Muy bien —respondió Glenda suavemente y comenzó a juntar sus juguetes—. Haz una siesta ahora, y tal vez te sentirás mejor.

Glenda no quería molestar a la mamá así que no hizo ruido. Volvió en puntitas de pies a la sala después de haber guardado los juguetes y vio que la mamá se había dormido.

Glenda trató de pensar en algún juego que pudiera jugar sin hacer ruido. Ya había decidido colorear su libro de figuras cuando notó que la mesa de la lámpara tenía polvo. La mamá no lo había sacado porque se sentía mal.

Glenda recordó una historia que la mamá le había contado acerca de un muchacho que hizo más de lo que le pidieron. La mamá había dicho: “Es lindo hacer el trabajo y un poquito más”.

Glenda salió en puntitas de pies al porche y trajo la franela de sacar el polvo. Sacó el polvo de la mesa de la lámpara, de la biblioteca y del piano. Luego entró en el cuarto de la mamá y allí también sacó el polvo.

Después de guardar la franela, se fue a la cocina para buscar su libro de colorear. Encontró los lápices y estaba poniéndolos sobre la mesa cuando notó que en la piletta había loza sucia.

Glenda ya le había ayudado otras veces a la mamá a lavar la loza, de modo que sabía cómo hacerlo. Se puso el delantal azul de la mamá, y se trepó a una silla que estaba al lado de la piletta. Después de medir el jabón, lo echó en la piletta y dejó correr el agua. Luego comenzó a lavar los platos, teniendo mucho cuidado con los vasos, para que no se rompieran.

Después de un rato Glenda terminó de lavar la loza. Luego se dirigió a la mesa para pintar, pero vio en el suelo una pinza del cabello la levantó y la llevó al cuarto de baño para guardarla.

Allí notó que la piletta del baño estaba sucia. Tenía las manchas de barro que ella había dejado cuando se lavó las manos después de jugar en la tierra. “Pobre mamá —pensó Glenda—. Está tan enferma que no va a tener ganas de limpiar la piletta!” Glenda buscó debajo de la piletta y encontró un tarro de polvo limpiador y una esponja y refregó la piletta hasta que quedó brillante.

Estaba volviendo a la cocina cuando oyó que el papá tocaba la bocina en el camino de entrada a la casa. Glenda salió silenciosamente por la puerta de atrás y lo saludó.

—¿Cómo está mi hijita hoy? —le preguntó levantándola en sus brazos.



— Bien —respondió; y luego le dio un beso en la mejilla—. Mamita está enferma.

— ¡Oh, qué lástima! Espero que no hayas hecho ruido para que ella pudiera descansar —le dijo el papá.

En ese momento la mamá apareció en la puerta. Estaba sonriendo. Se acercó a Glenda y le dio un abrazo.

-- Gracias, querida

Glenda sonrió y abrazó a la mamá, pero el papá las miró extrañado.

—¿Gracias por qué? —preguntó.

—Bueno, entra y mira —le respondió la mamá abriendo la puerta.

El papá siguió a la mamá y a Glenda a la casa. Miró la cocina limpia. Miró la sala limpia y el baño, también limpio.

—Pensé que estabas enferma, mamá —le dijo—. ¿Cómo hiciste tantas cosas? La mamá se sentó para descansar.

---Yo le pedí a Glenda que recogiera sus juguetes antes que vinieras a casa y entonces me quedé dormida. Cuando me desperté, estaban hechas también todas estas cosas.

Glenda volvió a abrazar a su madre.

—Yo traté de hacer un poquito más, mamá. ¿Te sientes mejor ahora?

—Claro que sí mi “Poquito más” y creo que es porque me ayudaste mucho.

—Bueno —dijo el papá frotándose la barbilla pensativo—. Creo que mi hijita se está haciendo grande.